

las demás Naciones; en donde la fé es tan antigua como la corona; en donde siempre se ha conservado tan pura en el trono como la sangre de su mismos Soberanos: Libradnos de las inquietudes y desgracias á que casi siempre entragais la infancia de los Reyes; dejadnos á lo menos el consuelo de llorar en paz nuestras desgracias y pérdidas; estended las alas de vuestra proteccion sobre el precioso niño que habeis puesto á la frente de vuestro pueblo; este augusto pimpollo de tantos Reyes, esta inocente víctima, que es la unica que se ha librado de los rayos de vuestra ira, y de la extincion de toda la extirpe Real; dadle un corazon docil á las instrucciones, pues serán estas confirmadas con el buen exemplo; estiendanse por todo el curso de su reynado la piedad, la clemencia, la humanidad, y las demás virtudes que han de influir en su educacion. Sed, Señor, su Dios y su Padre, para enseñarle á que sea Padre de sus vasallos, y guiadnos á todos nosotros á la feliz inmortalidad. Amen.

ORA-

ORACION FUNEBRE
DE MADAMA LA DUQUESA
DE ORLEANS.

*Surrexerunt filii ejus, & beatissimam prædicaverunt,
vir ejus & laudavit eam; laudent eam in portis ope-
ra ejus.*

Sus hijos la llamaron bienaventurada, su esposo la llenó de alabanzas, y sus acciones han sido su mayor elogio en todas las públicas concurrencias. *Prov. 31. vers. 28. 31.*

SI habeis oído estos públicos y domesticos elogios, ¿qué pudiera quedarme que decir en alabanza DE LA MUY ALTA, MUY PODEROSA, Y MUY EXCELENTE PRINCESA MADAMA LA DUQUESA DE ORLEANS, si yo viniera á este puesto mas á alabarla que á instruiros?

Vengo á tributar estas tristes y piadosas obligaciones á su memoria: La religion las consagra, la piedad las justifica, y el dolor público las pide; pero al mismo tiempo que os acuerdo sus virtudes, las que únicamente pueden consolarnos en su pérdida, ¿qué otra os parece que puede ser mi intencion mas que acordaros aquel fatal momento, que acaso está ya cercano, en que degradados en la presencia de Dios, de vuestra clase, y de vuestros titulos, todo nuestro consuelo y vuestro elogio se reducirá á lo que hubiereis hecho por la salvacion?

Tomo VIII.

Aa

¡Ah!

¡Ah! ¡Qué otra imagen pudiera presentaros en medio de esta lúgubre ceremonia, y particularmente en este augusto Templo; (1) en el que por todas partes se están viendo los tristes despojos de las grandezas humanas; en donde hechos pedazos los cetros y las coronas, apenas acuerdan la memoria de los que las llevaron sobre sus cabezas; en donde toda la magnificencia de los Soberanos está encerrada en la de sus sepulcros; en donde aún humean las cenizas de tantos Príncipes que han visto nuestros ojos, y que eran nuestra mas suave esperanza; y en donde hasta aquel gran Rey, que tanto hemos llorado, ya no es mas que polvo!

¡Qué espectáculo este aún para los ojos de la carne! Mucho tiempo habia que no le perdía de vista la Duquesa de Orleans. Parece que solamente sobrevivió á todas las pérdidas de la Casa Real para esperar la muerte con mas valor, y disponerse á ella con mas fé; vió mas de cerca la nada de todas las cosas; y nada tuvo por digno de sí sino lo que era digno de la inmortalidad.

No temamos, pues, mezclar con las oraciones de la Iglesia, y con la solemnidad de los Santos Misterios, unas alabanzas que son de mucho honor para la misma Iglesia, y de las que solamente debe avergonzarse el vicio: Somos deudores de estas alabanzas al amor de los pueblos que las publican, al luto de toda la Nacion que la echa menos, al amargo dolor de su amado hijo que la llora, (2) á las lágrimas de una Casa afligida, en la que siempre se portó mas como Madre que como Señora; soy deudor de estas alabanzas á mí mismo, y puede ser que entre todos los que me están oyendo no haya uno á quien la bondad de esta Princesa no haya honrado con

(1) *La Iglesia de San Dionysio, donde están los sepulcros de los Reyes de Francia.*

(2) *Felipe, Duque de Orleans, Regente de Francia.*

con alguna señal particular de afecto, y que en la comun desgracia, como decia San Ambrosio hablando de un Emperador, no llóre tambien su pérdida particular: *Omnes enim tanquam parentem publicum obiisse domestico fletu doloris illacrimant, suaque omnes funera dolent.*

Fue esposa fiel, Madre amorosa, Señora afable y benéfica, y Princesa christiana; esto es, cumplió durante el curso de una larga vida con las obligaciones públicas y particulares, con decencia, con nobleza, con agrado, y con religion: Bien la conoceis por estas señales naturales; y á la verdad son suficientes, y su propio carácter es su mayor elogio. Haced ¡oh Dios mio! que sus alabanzas sirvan para nuestra instruccion.

PRIMERA PARTE.

A Penas se habia consolado la Corte de la muerte de Enriqueta de Inglaterra, (1) quando Alemania dió en su lugar á la Francia la Princesa que hoy lloramos; descendiente de los antiguos Soberanos del Rhin, vino á ponerse al lado del trono en que hubiera podido colocarla su nacimiento; y no la parecieron tan brillantes las Coronas extranjeras, como el honor de hallarse inmediata, por medio de un augusto matrimonio, á la de Luis.

¡De qué gloria y magnificencia no se vió rodeada en aquellos felices dias de la Monarquía! Un Soberano, dueño de la Europa, mas glorioso que todos sus predecesores, mas grande por el amor que le tenían sus pueblos, que por el número de sus conquistas: Un Esposo amable, y que añadía á las gracias de su juventud el honor de sus victorias y triunfos: Una Corte, en la que nues-

(1) *Primera muger del hermano único de Luis el Grande.*

tras guerras habian formado tantos Heroes, á la que las liberalidades del Príncipe atraían todos los dias los mayores ingenios, en donde se gozaba una continua sucesion de nuevos placeres, en donde los monumentos mas soberbios de la magnificencia excitaban la curiosidad, y acaso tambien la envidia de todas las naciones; y en donde solamente lo excesivo de vuestras prosperidades podia prepararnos desde lexos las desgracias.

Bien podemos acordarnos sin temor de aquellos felices tiempos: Bien sé que se borraron con los dias de tribulacion y amargura que los sucedieron; pero el Señor, aunque queria castigarnos, no pretendia destruirnos. Ya há mucho tiempo que se disipó la nube, ya vuelve á manifestarse la luz, un nuevo sol se levanta sobre nuestras cabezas, (1) al que una Regencia pacífica y gloriosa ha dispuesto los caminos. Este es el destino de la Francia, ó por mejor decir, este es el modo con que en todos tiempos ha procedido Dios con una nacion á quien ama, haciendo siempre que nuestras desgracias sean infalible pronostico de nuestra elevacion y nuestra gloria.

La Duquesa de Orleans se manifestó á la Francia en los mas felices tiempos del último reynado. Regularmente la libertad es inseparable de las prosperidades: Los beneficios de Dios parece que nos son dañosos; volvemos contra él sus propios dones; y los dias de sus favores, casi siempre son los dias de nuestros delitos. Entre tantos escollos en que el exemplo decide de las obligaciones, la Princesa por quien rogamos siempre permaneció fiel, y Dios, que acababa de sacarla del seno de la Heregía que habia mamado con la leche, conservó la nueva obra de su gracia; aunque entregada al error por su nacimiento y por su educacion, el beneficio de una elec-

(1) Luis XV. acababa de ser consagrado, é iba á declararse mayor.

eleccion singular la distinguió como á otra Ruth en una tierra estraña, para llamarla á la herencia del Señor, y asociarla á su pueblo. Vuestras misericordias ¡oh Dios mio! son fieles, y Vos las multiplicáis con vuestros escogidos. Las luces de la fé, aunque disipan las tinieblas del espiritu, no siempre deshacen las nubes, que la edad y las pasiones forman al rededor del corazon: Aunque somos dóciles á las verdades de la Doctrina santa, no por eso dexamos de ser rebeldes á las obligaciones que nos impone. ¡Ah! Las costumbres ya casi no disciernen al pueblo de Dios de los incircuncisos: El Señor no es mas servido en Judéa que en Samaria; y dividida la tierra en tantas diversas Doctrinas, no se vén en ella sino hombres que casi todos se parecen unos á otros.

La fidelidad que la Duquesa de Orleans conservó á sus obligaciones hizo mucho honor á su conversion á la fé: Despues que entró en la senda de la verdad, caminó por ella con un paso noble y constante; y temiendo que envidioso el error disputase á la gracia la gloria de su mudanza, siempre la estuvo ratificando con su método de vida.

Los sagrados lazos del matrimonio que la acababan de unir á el Príncipe su esposo, unieron tambien á él todo su afecto: Jamás se separaron un punto su corazon y sus obligaciones: La misma Corte, que nunca perdona á sus Príncipes, y que para con ellos siempre se excede en la adulacion y en la censura, habló del mismo modo que yo hablo. Muy pufa es la virtud quando la respeta el cortesano.

Poco tardasteis, ¡oh Dios mio! en derramar sobre esta union santa las bendiciones prometidas á la posteridad de San Luis. Un Príncipe, apoyo del trono, Felipe (1) tutor del Rey y del Estado, Protector ilustre de los de-

(1) El Duque de Orleans, Regente de Francia.

derechos del Sacerdocio y del Imperio, el primer exemplar de una menor edad pacífica, modelo de Príncipes benignos, fue el primer fruto de vuestras promesas. Vos, Señor, preveíais nuestras desgracias y pérdidas, y al mismo tiempo nos preparabais el remedio: Una nueva fecundidad volvió á honrar los castos amores de este augusto Hymenéo; la Francia vió con alegría nacer una Princesa, (1) que ya reynaba sobre todos los corazones, y que no habíamos de poseer: ¡Felices los pueblos que la vén! en medio de la calma y de los placeres de una Corte pacífica y christiana, ha mucho tiempo que es las delicias de todos sus vasallos, y el lazo que sirve de union á la Monarquía con una Casa fecunda de Heroes, y á la que solamente la Casa de Francia puede disputar la gloria de los siglos, y la antigüedad de su origen.

Las expresiones de la naturaleza pierden muchas veces su derecho en el corazón de los Príncipes: Como se hallan tan elevados sobre nosotros, les parece vulgaridad el pensar y sentir como nosotros: Como nacen dueños de los hombres, no quieren parecerse á ellos en la humanidad; y aunque por su nacimiento están destinados á ser padres de los pueblos, algunas veces suelen avergonzarse de este amoroso título, aún respecto de sus hijos: Pero la Duquesa de Orleans no conoció esta falsa grandeza: Creyó que las obligaciones y los cuidados de la naturaleza eran los mas nobles, porque eran los mas antiguos: Que la sencillez de las primeras costumbres tenia mas grandeza y verdadera elevacion, que todo el fausto que ahora usamos; y la Princesa mas magistosa que vió la Francia fue al mismo tiempo la mas amorosa Madre.

Aunque yo no quisiera atestiguar esto con las lágrimas del afligido Príncipe que me está oyendo, por escu-

(1) *La Duquesa de Lorena.*

sarle el dolor, esas amadas cenizas hablarían en mi lugar; pero me parece que puede servirle de mayor consuelo el traerle á la memoria el mismo objeto que le aflige.

¿Qué amor hubo jamás que se pareciese al que tuvo la Duquesa de Orleans á este Augusto Príncipe? Apenas la bastaban sus ojos para verle, y su corazón para amarle. ¡Qué alegría la suya, quando vió brillar en él, casi desde su infancia, las esperanzas de aquellos grandes talentos, y de aquella superioridad de luces que cultivó despues con lo vario é inmenso de sus estudios, á las que ennoblecieron las victorias, y á las que una memorable Regencia eternizará en nuestros Anales: Le vió, sin haberlo deseado, como la madre de los hijos del Cebedéo, sentado por derecho de su nacimiento en el primer lugar del Reyno, depositario del Cetro, dueño de nuestra suerte, y de la del Estado; y movida mas de su gloria que de su elevacion, vió entonces con lágrimas de afecto, en el corazón de todos los Franceses, los mismos movimientos de amor que en sí misma sentía para con su hijo; y que toda la nacion, si es lícito decirlo así, le adoptaba por hijo, al mismo tiempo que le miraba como á su Soberano. Pero tambien puede decirse con verdad, que su salvacion la interesaba mas que su grandeza: Como otra Mónica, todos los dias le estaba reengendrando con sus oraciones y lágrimas: Jamás ofrecía á Dios el sacrificio de su corazón y de sus labios, sin pedirle que mirase con ojos de misericordia á su amado hijo: Y á la verdad, ¿qué la quedaba que desear para él mas que la gloria de los Santos?

Una virtuosa Princesa le habia ya hecho Padre de una numerosa familia. Veía á los hijos de sus hijos, á un jóven Príncipe, (1) destinado á ser la seguridad del Estado, y la defensa de Trono: A unas Princesas, que reyna-

(1) *El Duque de Chartres.*

naban en las mas lucidas Cortes de la Europa. (1) Veía á la España, (2) que nos embiaba, y recibia tambien de nosotros, las preciosas prendas de una union eterna. Veía apagado, por medio de estas sagradas alianzas, el fuego que parecia que estaba ya para encenderse, y la Sangre Real reunida con su principio: Veía, que por medio de la habilidad de un Ministro, á quien las mismas dificultades servian de arbitrios, se conservaba para el Estado el fruto de nuestras victorias y pérdidas; y una Corona, que tanto nos habia costado, y que el valor del Príncipe á quien hoy consolamos, habia asegurado al Nieto de Luis el Grande, puesta sobre la cabeza de la Princesa su hija. ¡Oh Dios mio! De este modo disponen los sucesos los profundos juicios de vuestra sabiduría; y aún quando parece que ván á trastornarse los Imperios que protegeis, no intentais mas que asegurar sus tronos, y aumentar su fuerza y su poder.

¡Oh pueblos! tan unidos ya por el valor, por las mismas guerras que antes os habian separado, y aún con la sangre de nuestros Príncipes, derivad con la sucesion de vuestros Reyes esta santa alianza á las edades futuras; no se forme de los dos pueblos mas que un pueblo solo: no se vean jamás en las Campañas opuestos nuestros Estándartes, ni las Lises tremolar contra las Lises: Esta alianza, confirmada con tantos nuevos lazos, sirva de ley fundamental á las dos Monarquías: El Alma de Luis el Grande, que fue el principio de ella, sea tambien su eterno vínculo, y veanse las dos Naciones juntas, para defenderse hasta el fin de los siglos con las mismas

(1) *La Princesa de Modena, la Reyna de España, muger de Luis I. que murió despues.*

(2) *La Infanta de España destinada á ser Reyna de Francia, que despues volvió á Madrid.*

mismas armas de que hasta-ahora se habian valido para destruirse.

¿Pero puede servir de elogio á la Duquesa de Orleans un amor maternal, en que parece tuvo mas parte la naturaleza que la virtud? Sí, católicos, y esto debe servir de consuelo al dolor del Principe que la llora. Un corazon que ama lo que debe amar, siempre es digno de elogio; y no puede dexar de ser virtud el cumplir con las obligaciones de la naturaleza. Ademas de que la Duquesa de Orleans amó á los Príncipes sus hijos como madre, como Princesa, y como christiana. No era su amor como aquellas vulgares expresiones, á las que deshonra la flaqueza, y en las que á fuerza de darlo todo al amor, nada se dá á la razon ni á la obligacion. Los frutos de su amor materno fueron unas lecciones de grandeza, de dignidad, de agrado y de prudencia. Su exemplo aún era mucho mas poderoso que sus lecciones: ¡Oh affligida familia! Tú conservarás siempre esta amorosa y eterna memoria, y honrarás á esta gran Princesa imitando sus virtudes: Y tú, piadosa Adelayda, (1) que escondida desde tus tiernos años en lo mas retirado de el Santuario, preferiste el oprobrio de Jesu-Christo á las mas brillantes esperanzas de el mundo, no cesarás de pedir al pie de los altares que se cumplan tus deseos y los nuestros por la feliz suerte de tu casa.

A la verdad, no hay cosa mas rara entre los Grandes que las virtudes domésticas, porque la vida privada es casi siempre el punto menos favorable de su fama: En lo exterior, la clase, los respetos, y la atencion de el público que los rodea, los defiende, por decirlo asi, contra sí mismos: Son como un espectáculo particular que se representa, y asi nunca son vistos como son en la realidad. En el recinto de sus palacios, encerrados con su

(1) *Luisa Adelayda de Orleans, Abadesa de Chelles.*

genio y su capricho entre un corto número de testigos domésticos, y acostumbrados á verlos, se desvanece la idea de el personage, el hombre ocupa su puesto, y se manifiesta como en la realidad es.

Pero aqui bien podemos correr el velo, y entrar sin temor en este secreto doméstico, en donde la mayor parte de los Grandes dexa de ser lo que parece: La vida privada é interior de la Duquesa de Orleans es tan grande y tan respetable, como la que se manifiesta á la vista del público.

Hablad vosotros, fieles y afligidos testigos, de la afabilidad, agrado, é igualdad de tan buena Señora: ¿Tuvisteis jamás que padecer por su clase, ó por su genio? ¿Qué aprecio no hacía de el zelo que manifestabais en su servicio! ¿Se persuadia acaso á que estabais suficientemente honrados con sacrificar á su servicio vuestros cuidados y afanes? ¿Os miraba como víctimas destinadas al genio y á los antojos de sus dueños? ¿Conociais acaso vuestra dependencia, mas que por el cuidado que tenia de hacerlosla mas suave? Al mismo tiempo que cumpliais con las obligaciones de su servicio, ¿podiais acaso satisfacer al amor que la teniais? ¿No pasaba vuestro corazon aún mas allá de vuestras obligaciones? Mientras la servisteis, ¿tuvisteis acaso otro sentimiento mas que el temor de perderla, y el dolor de haberla perdido? Pero la abundancia de vuestras lágrimas responde por vosotros, y sirven con mas viveza á su elogio y al vuestro, que mis débiles expresiones.

Sí, católicos, la Duquesa de Orleans no parecia Señora de su numerosa familia, sino una madre afable y benéfica; pues desnuda siempre de su grandeza, sin estarlo de su dignidad, procuraba informarse muy por menor de los trabajos y necesidades de sus domésticos: La elevacion regularmente ó es áspera, ó descuidada, y parece que basta haber nacido feliz para no ser compasivo. Pero la Duquesa de Orleans juntaba con un corazon gran-

grande y digno de el Imperio, un corazon mas humano y compasivo que aún aquellos mismos que nacen para obedecer.

Ya sabeis que su inclinacion á hacer bien no se ciñó solamente al recinto de su casa: Su crédito fue siempre el remedio de todos, y todos hallabamos en ella una segura protectora; no se negaba aún á los mas desconocidos, y la necesidad ó la miseria por sí solas eran títulos suficientes para llegar á hablarla; si el llanto que procede del agradecimiento es el mas seguro y sincero, ¿qué llanto debiera ser mas general que el que merece su pérdida?

La autoridad de la regencia para el Príncipe su hijo, no la parecia apetecible sino por la proporcion que le daba esta nueva dignidad para hacer gracias. Pero, ¡ó Princesa digna de nuestros suspiros! el suceso ha excedido á vuestros deseos; hoy se ven escritos los favores del Príncipe en los títulos de nuestras mas ilustres casas, los que perpetuarán sus honores y preeminencias; los dias de su administracion se cuentan por los de sus beneficios; y mas presto se han agotado en nosotros las expresiones del agradecimiento, que en él las liberalidades.

No hay que admirar que el corazon de la Duquesa de Orleans, que tanto cuidaba de las necesidades é intereses aún de las personas mas indiferentes, fuese tan generoso y tan fiel para con sus amigos. La amistad es casi el único placer de que la mayor parte de los Grandes se precia de estar privados: preocupados con que los hombres todo se lo deben, se persuaden á que de nada son deudores á los demás hombres, y que con sufrirlos los dexan suficientemente pagado el afecto que los muestran: la amistad mas sincera, y por consiguiente menos vil, y menos expresiva que la adulacion, les parece un respeto seco y árido: su afecto y su confianza no es mas que un gusto pasajero, que muy presto les enfada y molesta, y del que procuran desembarazarse como de cosa que les causa sujecion: de este modo viviendo solos, luego que viven sin amigos entre la multitud que los rodea, sus vi-